

Esbozo sobre la literatura infantil

**Don Rafael Pombo, el dulce abuelo – Los “Cuentos pintados”.
La dulce melancolía del “Aserrín, aserrán” – “Cuentos de Sonny”.
La literatura infantil se acaba.**

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

“Al recorrer la bibliografía colombiana de esta primera mitad de siglo —dice el ilustre Carlos López Narváez en el prólogo de una valiosísima antología de Rafael Jaramillo Arango sobre *Los maestros de la literatura infantil en Colombia*— inevitablemente habrá de encontrar el estudioso un hecho desconcertante: la carencia de obras infantiles elaboradas con criterio auténticamente ético y estético, vale decir extraño al mero afán de industria o comercio editorial. Bajo la abrumadora selva tropical de tantas cosas lanzadas al consumo lector, ha faltado el regalado sortilegio de las canciones y los cuentos, las danzas y los coros, la interior resonancia de la leyenda y de la fábula, todo aquello, en fin, que infunde a los hombres las virtudes necesarias para amar como se debe el marco de la aldea, la amistad de los compañeros de escuela, el declinante calor de los hogares, todas esas formas al mismo tiempo individuales y colectivas, propias e independientes, con que el pueblo enriquece cada día los caudales de la tradición”.

“Enfocando concretamente sobre la poesía, el vacío se ensancha y la desprovisión se agrava. Los grandes cultivadores del poema, cantores por necesidad expresiva, por avidez social o por ansiedad estética, han trabajado sin pensar en los muchachos que aman la armonía contagiosa del número, las preciosidades sencillas del espíritu. Entre tantos príncipes juglares de la lira, solamente Pombo brilla con luz propia, cuando coloca su mensaje de sueños en la mente y la lengua de la niñez que se abre a la vida como una esencia tonificante. Tal vez por eso la generación del siglo pasado fue menos sombría que esta, como que en medio de todas las batallas, frente a los vientos contrarios, bajo los vendavales del corazón, pudo acrecentar su ideal una misión doblemente resellada por la sinceridad y la hermosura”.

Nadie con mejor autoridad que López Narváez, crítico y poeta eminente, gran letrado y hombre de finísima sensibilidad, podía hacer afirmaciones semejantes después de un largo y enamorado andar por el camino encantado de la literatura. La nuestra, la colombiana, se resiente de una falla capital en cuanto al género infantil se refiere. La excelencia de los cultores de este género entre nosotros solo sirve para que resalte esta ausencia que afecta a más de la mitad de la población colombiana. Vale no obstante —y justamente a causa del fenómeno reiteradamente anotado por todos los comentadores— señalar esos nombres cuya lista encabeza el gran Pombo, “el más puro, el más alto, el más glorioso de los poetas colombianos”, al decir de Rafael Maya.

Nacido en Bogotá, al finalizar el primer tercio del siglo diecinueve, en el seno de una familia procerca, Rafael Pombo, hombre de vastos estudios y universales inquietudes, es ante todo el poeta por excelencia. Su fuerza humana y su inquietud metafísica se traducen en obras inolvidables. Alguna vez aflora en un poema desesperado la angustia de sus dudas y la incertidumbre del espíritu. Sereno después, glorificado por su ciudad natal, ya casi octogenario, es ya el abuelo. No tan solo el de sus nietos carnales sino el de todos los niños del mundo. Es entonces cuando escribe *Fábulas y verdades* y en este volumen sus *Cuentos pintados* y sus *Cuentos morales para niños formales*. A la literatura infantil se llega muchas veces, en señalados e ilustres casos, por el camino de la serenidad y la sabiduría.

¿En qué corazón adulto no resuena todavía la dulce música de aquellos festivos cuentos?:

*Mirringa Mirronga, la gata candonga
va a dar un convite con mucho escondite.
Y quiere que todos los gatos y gatas
no almuercen ratones, ni cenén con ratas.*

*—A ver mis anteojos y pluma y tintero
y vamos poniendo las cartas primero.
Que vengan las Fuñas y las Fanfurrinas
y Noño y Morroño y Tompo y las niñas.*

.....

*—Venid mis chinitos Mirrón y Mirrín,
traed la canasta y dindindirín,
y zape al mercado; que faltan lechugas.
Y nabos y coles y arroz y tortugas.*

Y aquel final catastrófico de la fiesta, intempestivo y asustado, cuando la dueña de casa se hace presente en la comilona de los micifuces:

*Pero qué desgracia. Entró Doña Engracia
y armó un gatuperio un poquito serio,
dándoles chorizos de tío Pegadizo
para que hagan cenas con tortas ajenas.*

Y con qué gracia inigualable el abuelo Pombo va con *Michín* a la temeraria aventura. Y con *Juan Chunguero*, "insigne gaitero". Y con *Pastorcita*. Y con *Rin Rin Renacuajo* y la *Pobre viejecita* y *Simón el bobito*. Una colorida muchedumbre de pueriles imágenes nos salta en el corazón. Sobre ellas flota una inasible melancolía de tiempo ido, de inocencia perdida, de indeficiente y sencilla belleza. Y experimentamos el deseo de decir en voz baja los versos inefables:

*Pastorcita perdió sus ovejas
y quién sabe por dónde andarán.
—No te afanes que oyeron tus quejas
y ellas mismas bien pronto vendrán.*

*Y no vendrán solas, que traerán sus colas
y ovejas y colas gran fiesta darán.*

Y, ¿de dónde surge esta otra voz encantadora que ya hemos oído en acentos de angustia, en trenos desesperados, en dolor de amor y soledad? Es José Asunción Silva, el de los hondos *Nocturnos*. Pero escuchadlo ahora, cuando canta para los niños del *Aserrín*, *aserrán*. En su voz persiste una leve melancolía que acaso es imaginación nuestra solamente, pero que nos invade y acaricia, que es el tono y la entraña de una poesía grave y profunda sobre cuya intranquilidad brilla el sol divino de la infancia:

*Con atento oído las niñas la escuchan,
las muñecas duermen en la blanca alfombra
medio abandonadas, y en el aposento
la luz disminuye, se aumenta la sombra.*

Es el mismo poeta de la gozosa, de la pueril ronda:

*Aserrín, aserrán,
los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque
Alfandoque;
los de Rique
Alfeñique
los de Trique
Triquitrán.*

Y viene luego Víctor Eduardo Caro, hijo del humanista, y poeta él de nobilísima inspiración, creador de aquel

*Perico Murallas, chiquillo alocado,
gran premio en diabluras de todo jaez,
metido en la chipa de un rejo, al tejado
que a enlazar la luna se subió una vez.*

Y, ¿quiénes más? No pretendo en la brevedad de esta reseña seguir ningún riguroso orden cronológico. Están Aurelio Martínez Mutis, el poeta de las dos epopeyas. Y José Manuel Marroquín, el del verso ligero y ágil, que los muchachos de hace cuarenta años recitábamos en sus versos ortográficos. Y Rafael Mallarino Holguín, “juguetón y vivaz”. Y Diana Rubens, poetisa y educadora, que algunas veces se ha logrado en poemas infantiles en su libro *Alberca de cristal*.

¿Qué más? No alcanzo a reseñarlo todo ni es esta la intención de fondo. Pero, ¿es bastante para siglo y medio de literatura colombiana? No lo es, a todas luces. Pero además en las dos últimas décadas de esta centuria no se ha escrito para los niños casi nada. Algunos relatos, muy bellos por cierto, de Rafael Jaramillo Arango, llenos de poesía. Algunas adaptaciones históricas de Eduardo Caballero Calderón. Un par de cuentos, quizá media docena de cuentos de sol y de azul, escritos por ese gran poeta de la prosa que es Antonio Cardona Jaramillo. Un *Bolívar para los niños* —muy bello ciertamente— de Carlos H. Pareja (*Simón Latino*).

La literatura infantil en Colombia se acaba y hay que recrearla.